

# LA SINGULARIDAD ERÓGENO PULSIONAL

## Resumen:

Este artículo presenta una propuesta figurada de la organización psíquica centrandose su atención en las capacidades de asimilación de lo externo por la singularidad del niño en su intercambio con los objetos primarios.

También establece conjeturas en relación con la físico-química referidas a la capacidad autorganizativa en la materia comparándola con los procesos organizativos del psiquismo.

## Palabras clave

Introyección; fluctuaciones; incorporación, bifurcación, singularidad, eje erógeno-pulsional.

## Abstract:

*This article presents a figurative proposal of the psychic organization focusing its attention on the capacities of assimilation of the external by the singularity of the child in its exchange with the primary objects.*

*It also establishes conjectures in relation to physicochemistry referring to the autorganizing ability in the matter comparing them with the organizational processes of the psyche.*

## Keywords

Introjection; incorporation, fluctuations; fork, singularity, erogenic-drive axis.

---

Quisiera proseguir con ideas inicialmente desarrolladas en anteriores artículos (J. del Río 2009, 2011, 2013) en las que planteaba cuestiones sobre la constitución del psiquismo remarcando los procesos de incorporación e introyección, especialmente en los posibles modos en como los objetos del exterior-ambiente y, más aún aquellos que portan la función materna, actúan para que esas experiencias puedan ser asimiladas en el Yo o de modo más amplio en el conjunto de la organización psíquica. Evito usar los términos psicoanalíticos de modo 'rígido', más bien deseo hacerlo de un modo laxo para que cada lector los use o asimile desde la singularidad propia de cada uno y por otro lado porque me es útil para 'dialogar' con conceptos propios de la 'Ciencia pura' en una parte del artículo, aun sabiendo que somos campos distintos y que se debe preservar en esa diferencia, aunque considero que la comunicación debería ser más fluida por ambas partes.

En el presente artículo introduzco una idea que denomino «eje erógeno-pulsional». Dicho eje podría oscilar entre conceptos como el de Yo, *Self*, narcisismo erógeno primario y narcisismo «trófico», considerando a éste último como aquel que aporta un «sentimiento de ser» y que es capaz de relacionarse con los objetos sin verse amenazado, sino más bien enriquecido. Puede ser útil a esa cierta ambigüedad la aclaración que Winnicott escribió sobre el concepto de *Self* a su traductora francesa en una carta enviada cinco días antes a su muerte: «Para mí, el *Self*, que no es el Yo, es la persona que soy yo, que no es más que yo, (*which is not the ego, is the person who is me, who is only me*) que tiene una totalidad basada sobre la operación de los procesos de maduración...»; (citado por J-P. Lehman, 2009, *Comprendre Winnicott*, Armand Colin, pp. 98-99). Desde luego que el yo freudiano, y más aún el yo corporal que aparece en él «El yo y el ello» forman parte consustancial del *self*, pero puede ser útil ir pasando de un concepto al otro o más bien hacerlos coexistir. Junto a la idea de eje y conteniendo a este, presento la idea de «Pirámide de la singularidad erógeno-pulsional»

como un símil que, al menos personalmente, me es útil para pensar en la práctica clínica por donde se hallan las fragilidades o déficits estructurales del psiquismo y hacia dónde pueden ir encaminadas nuestras o mis actuaciones. Winnicott es una referencia, sobre todo por el modo como sitúa el papel del ambiente.

Uso la expresión de «erógeno-pulsional» en tanto parto de la idea de un soma con un bagaje particular de naturaleza biológica y genética y que es fuente de la pulsión. La pulsión se apareja al objeto que la permite, la «encuentra», la inhibe, la modula, la enriquece; todo ello en el diálogo creativo y transformador que se da entre el niño y el ambiente que lo rodea y cuida. Por ello, tal como haya sido esa interrelación, habrán unas erogeneidades que se constituirán aportando una especificidad o singularidad única. Además es interesante tener en cuenta que no solo es la erogeneidad

interna del soma. En segundo lugar, las ideas de P. Aulagnier (*La violencia de la interpretación*, 1975) respecto al *Pictograma* en cuanto encuentro con el objeto y constitución de una sensorialidad y de las primeras inscripciones sensoriales y objetales. Por otra parte, las ideas de transicionalización y las capacidades empáticas de la madre que atraviesan toda la obra de Winnicott, así como en R. Roussillon (*Le transitionnel, le sexuel et la réflexivité*, 2008; *Agonie, clivage et symbolisation*, 1999). De Winnicott tomo los conceptos del *Self* y el modo en como el ambiente lo facilita, lo protege o lo ‘distorsiona’. Partiendo de estos y otros autores realizar la hipótesis, por otra parte, creo que evidente para todos, de que para que lo externo pueda asimilarse, aquello que proviene de esa exterioridad tenga un grado de coherencia con lo que el niño puede realmente aceptar, habida cuenta de un soma que le precede y que además es un soma transformado por su relación

### **Uso la expresión de «erógeno-pulsional» en tanto parto de la idea de un soma con un bagaje particular de naturaleza biológica y genética y que es fuente de la pulsión.**

despertada ya desde el interior o desde el exterior sino que incluso el neurodesarrollo de haces o redes neuronales dependen de los estímulos que el ambiente aporta, tal como explica J.C. Ameisen (*La sculpture du vivant*, Éditions du Seuil, pp. 90-93). Resumiendo y como premisa del desarrollo posterior de este escrito, planteo que será la posibilidad de sintonía o empatía del objeto exterior con lo más propio del niño, tanto en sus particularidades somático-genéticas como en los modos particulares que el intercambio con el otro hayan podido generar, lo que permitirá que ese intercambio promueva una constitución yoica o del *Self* de mayor o menor consistencia.

Quisiera plantear los conceptos sobre los que construyo las ideas de este artículo. En primer lugar y recordando lo que Freud escribe en *El yo y el ello* (1923), en el que explica que al inicio el yo es esencialmente corporal con dos capas perceptivas: una dirigida a la percepción exterior y otra dirigida a la percepción

con esa exterioridad, que además es aportada por lo psíquico de los padres. Esto que abarca la predisposición somática del niño y la particularidad de las acciones de los objetos con la propia respuesta del niño y su misma influencia sobre el objeto es lo que se podría considerar como la «singularidad». La singularidad no sería una «foto fija», sino que estaría modelada por el intercambio relacional. El tipo y modos de los cuidados se verá también modificado por las respuestas mutuas entre ambos *partenaires*. Otra idea que me es sugerente es pensar en la memoria como lugar de inscripción de eso que se da en estos encuentros, lo cual considero interesante como punto de cercanía y diálogo con los estudios serios de la neurociencia en cuanto creación de circuitos y mapas neuronales —aunque no lo explícito en el artículo, no deja de ser algo a lo que pueden llevar las asociaciones que podrían surgir (Kändel, Edelman, Ameisen, Ansermet y Magistretti)—. Roussillon, tomándolo de Freud, nos recuerda repetidamente que el aparato mental es un aparato de memoria.

Veríamos que el Yo está constituido por los registros mnémicos de las experiencias iniciales, siendo su evocación ante la necesidad lo que permitirá la función de inhibición de la descarga propia del yo 'inicial'. En la medida que la acción del objeto haya sintonizado con las cualidades de la necesidad se dará el registro perceptivo del objeto y del placer como evanescencia de la tensión somática. De ese modo, dicha experiencia pasará a ser elemento del yo inicial e integrarse de modo mutativo con el elemento somático-pulsional. Por el contrario, si esta sintonía no se da la percepción de la tensión somática interna permanecerá en lo que se integre en el Yo inicial y este no solo acogerá al objeto si no a los elementos perceptivos del displacer «despertado» por la tensión somática. En función de cómo se vayan dando estos procesos se dará una estructura yoica que representamos como un eje más o menos consistente.

Como ya se expuso en líneas anteriores las experiencias habidas con el objeto de la exterioridad podrán ser incorporadas o introyectadas. Korman (*Trencadís*, 2010, pp. 57-58, NC Ediciones) propone diferenciar dos tipos de identificación primaria: una incorporativa y otra introyectiva. En el inicio serán incorporadas y solo más adelante serán introyectadas. En todo caso y por carencia de un yo funcional suficientemente constituido, será la madre la que ejerza la función sostenedora del ser que correspondería al eje. La capacidad empática de la madre será la que favorecerá que sus acciones puedan ser integradas por el niño, respetando sus posibilidades de asimilación o, por el

contrario, que dichas experiencias pasen a formar parte de él pero con una disonancia con lo que realmente es. Los elementos incorporados quedarían en el inicio en los registros mnémicos del yo y formarían parte como identificaciones de tipo primario, independientemente de su mayor o menor sintonía con el sustrato singular y preferentemente biológico que el niño pueda tener. En la introyección lo que se verá asimilado no será tanto el objeto como la experiencia relacional habida con él. En la medida que haya sido satisfactoria en el encuentro,

la percepción somática de la capa interna de yo disminuirá a favor de la externa, en todo caso la interna será más cercana al placer que a la tensión somática. En estos casos lo introyectado se consustancializará con el eje erógeno-pulsional enriqueciéndolo y dándole consistencia, lo cual favorecerá un narcisismo «tráfico». En la incorporación, si se ha dado más allá de los primeros tiempos del desarrollo, los elementos incorporados en tanto sean menos asimilables por la erogeneidad singular del *infans*, no se depositarán tanto en el eje como en la

exterioridad del ser, configurando una estructura psíquica externa que, figurada de modo piramidal, se sustentaría por los elementos externos; elementos que se tornarían imprescindibles para su mantenimiento.

Es quizás importante tener en cuenta lo anterior, pues la idea que propongo de «Eje erógeno-pulsional», engloba tanto al yo 'clásico' como a la consistencia de un *Self* que favorezca una vivencia del «sentimiento de sí». Me imagino al Eje como el elemento que sostiene la

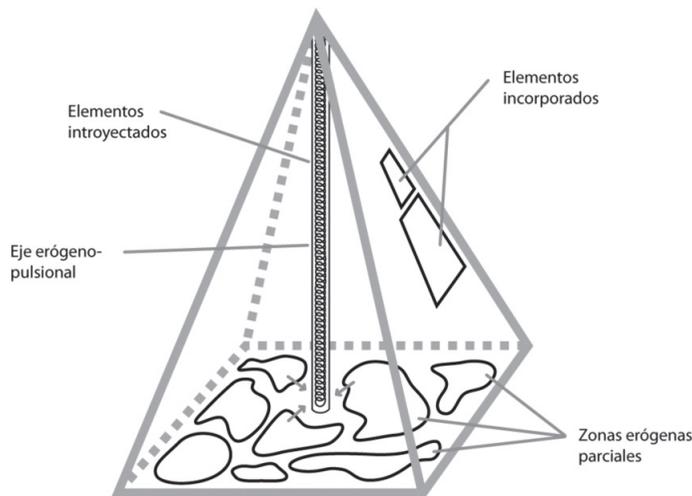


Figura 1: Representación de la Pirámide erógeno-pulsional. La base correspondería a las zonas erógenas primarias que en un proceso de fusión irían configurando lo que denominamos Eje erógeno-pulsional. Representamos los elementos incorporados en las paredes de la pirámide y los elementos introyectados enriqueciendo y configurando el Eje. Las pequeñas flechas en la base sugerirían la reunión de las diferentes zonas parciales en la unidad del Eje erógeno-pulsional

constitución psíquica que surge desde las zonas erógenas iniciales que compondrán la base en mosaico de una pirámide y que, al irse aglutinando-conjugando irán configurándose en un elemento que a modo de columna vertebradora dará consistencia al psiquismo. Un símil sería «el pal de paller» (palo del pajar) sobre el que se organiza y sostiene el pajar. Otro símil sería el del tronco de un árbol que precisaría un sustrato-ambiente suficientemente bueno para crecer. Este símil arbóreo puede ser útil para dar una imagen de lo que posteriormente puede ser el intercambio relacional en la madurez psíquica en donde hallamos, a través de la relación con los objetos externos e internos, aquellas satisfacciones que ramificadas nos enriquecen y sostienen. Esta imagen de pirámide o pajar me la sugirió la «pirámide psicósomática» de P. Marty escuchada personalmente de él en diversas ocasiones. Marty planteaba una organización psíquica evolutiva y piramidal sustentada por un «eje mental» y cuyo

Volviendo a la pirámide y al eje podemos imaginar la base como un mosaico de potenciales zonas erógenas que se constituirían como tales en función de su singularidad biológica y de modo especial por la erogeneización de los cuidados ofrecidos por los objetos exteriores de la función materna. El objeto materno estimulará, despertará o hará aparecer a través de sus cuidados una sensorialidad, táctil, olfativa, visual, propioceptiva y cenestésica y, de modo especial, verbal. Por ella irá inscribiendo a modo de trazos perceptivos no solo los cuidados, si no y también una historia personal, transgeneracional y cultural. La madre aportará en sus cuidados su propia singularidad en el modo como interactúe con su hijo y éste recibirá estos cuidados de diferente modo según la capacidad que pueda tener para asimilarlos. Evidentemente dependerá de la capacidad de la madre para empatizar y responder a aquello que su hijo demanda o que se haya en disposición de recibir.

### **El interjuego relacional del *infans* con la madre (ambiente) poseerá características en donde lo azaroso y lo determinado se darán al unísono.**

punto culminante o vértice sería la buena mentalización por medio de una buena función del preconscious, la cual en caso de desfallecer, favorecería la regresión o la desorganización progresiva de la homeostasis psicósomática. Esa imagen piramidal sustentada por un eje nos puede mostrar un espacio entre este último y las paredes externas. La distancia entre ambos elementos nos acerca a la idea de un núcleo representado por el eje y una corteza que serían las paredes de la pirámide. El núcleo estaría básicamente formado por los elementos introyectados que han interactuado con lo más propio del soma y la pulsionalidad inherente a este, mientras que las paredes estarían constituidas por los elementos incorporados. Dichas ideas se asemejan a las de Winnicott en «La agresión en relación con el desarrollo emocional 1950-1955» (*Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Paidós, 1999, Barcelona, p. 285) «... el individuo se desarrolla a modo de extensión de la cascara más que del núcleo, y a modo de extensión del medio atacante». Quizás un verdadero sentimiento de ser tendría que figurarse como un eje-núcleo denso y consistente que se aproximase lo más posible a las paredes-corteza.

El interjuego relacional del *infans* con la madre (ambiente) poseerá características en donde lo azaroso y lo determinado se darán al unísono. El resultado de dicha interacción no podrá ser nunca rígido e inmutable. De la física-química podemos encontrar un modelo potencialmente enriquecedor. Son los sistemas disipativos que I. Prigogine (Premio Nobel de Química en 1977) e I. Stenger (*La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, 1983, Madrid, Alianza Editorial) diferencian de la ciencia newtoniana, capaz ésta última de explicarlo todo en los sistemas simples pero incapaz de responder a la complejidad y a los sistemas lejos del equilibrio termodinámico. Dichos autores explicaban que los sistemas complejos siguen un proceso evolutivo básicamente determinado por sus condiciones a lo largo de una «flecha de tiempo», pero una vez llegado a un punto el sistema se desestabiliza dando lugar a lo que ellos denominan disipación, fluctuación o bifurcación, que en si misma sería azarosa respecto a sus condiciones iniciales, promoviendo una nueva organización del sistema (procesos de autoorganización) que entonces volvería a seguir un proceso evolutivo desde las

nuevas condiciones hasta llegar a un nuevo punto de inestabilidad que promovería una nueva fluctuación, bifurcándose de la línea evolutiva previa para comenzar una nueva diferenciada de la inicial. Recojo dos párrafos dichos autores que me parecen muy claros en sus exposiciones:

«La conclusión fundamental para nosotros es que parece haber una fuerte conexión entre la autorganización y la distancia del equilibrio». (oc. p.144)

«la termodinámica nos lleva a una importante conclusión en lo que respecta a los sistemas susceptibles de escaparse del equilibrio. Estos sistemas deben estar 'lejos del equilibrio'. Debemos, por consiguiente, conocer el umbral de distancia al equilibrio, a partir del cual las fluctuaciones pueden llevar a un nuevo comportamiento básicamente diferente del comportamiento estable 'normal' característico del equilibrio o de la zona cercana al equilibrio». (oc. p. 143)

Aporto una figura que puede ayudar a visualizar estas ideas:

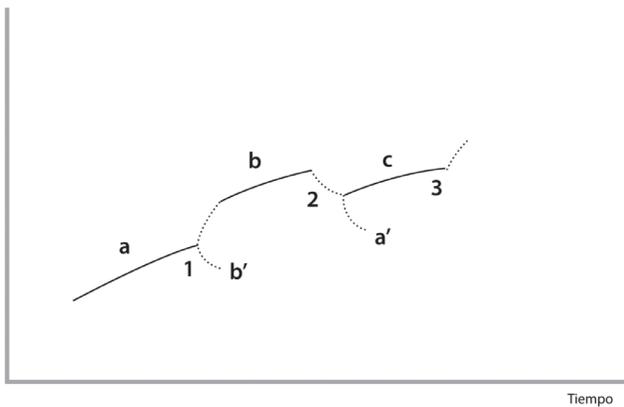


Figura 2: 1,2,3 serían los puntos de fluctuación-disipación en donde se da la inestabilidad del sistema previo. a,b,c,...serían las nuevas sistemas tras la disipación. a', b', c', serían las otras posibilidades de fluctuación que no se han dado.

Este diagrama es interesante en tanto nos muestra que el tiempo no es reversible, no hay posibilidad de retornar de *b* a *a*, pues ha habido un salto en la organización del sistema en el que además ha intervenido un elemento

azaroso pues del mismo modo hubiese podido evolucionar hacia *a'* o *b'*. Ello nos puede cuestionar el concepto de regresión o aquellos métodos terapéuticos que apelan a reconstrucciones del aprendizaje o a «esotéricos» procesos regresivos; sin embargo, sí que podrían darse procesos regresivos en el periodo temporal entre dos disipaciones. Una supuesta regresión que llevase más acá del punto de disipación del que la precede, implicaría una nueva y azarosa disipación que llevaría al sistema a otra organización diferente de la inicial. También nos puede hacer ver que los *après coup* podrían darse en estructuraciones del psiquismo muy diferentes de cuando tuvo lugar el *coup*. Dejo abierta a los lectores de éstas líneas pensar si las «disipaciones-fluctuaciones» podrían sugerir los diferentes estadios libidinales en las que la evolución de un sistema lleva a una nueva organización de los mismos, teniendo en cuenta que, independientemente de la fluctuación, el sistema podría poseer una potencialidad o facilitación para conducirse hacia estos otros estadios.

Estas aventuradas hipótesis no dejo de exponerlas más que como un 'juego' y no me atrevo ni mucho menos plantearlas como afirmaciones dentro del *corpus* teórico del psicoanálisis; ahora bien, de los juegos y del jugar sí creo podemos aprender si no nos cerramos en reglas fijas e inamovibles y permitimos que puedan irse transicionalizando en el sentido winnicottiano del término. Volviendo a ellas vemos que los puntos de fluctuación-disipación son aquellos en que el sistema se desorganiza y entra en una situación caótica sobre la que se dará un proceso autoorganizativo que conducirá a una nueva organización del sistema. En conjunto podríamos aclararnos pensando que nos hallamos ante un «azar-determinismo» o «determinismo azaroso».

Para finalizar estas ideas surgidas desde Prigogine, este nos dice que cuando el ambiente aporta excesivas variaciones de factores sobre el sistema (temperatura, presión, etc.) se favorecen un mayor número de inestabilidades y por tanto de disipaciones-fluctuaciones. Por el contrario, si el ambiente es demasiado estable se reduce ostensiblemente esa capacidad de 'ruptura' y de abrir la puerta a nuevas organizaciones, facilitándose

cristalizaciones inamovibles. Ello es sugerente de lo que puede ocurrir durante la constitución del *infans*, en tanto excesos de excitaciones o desarreglos en las capacidades empáticas de las figuras primordiales podrían conducir a estados excesivamente fluctuantes que impidiesen las posibilidades de autoorganizaciones operativas o, por el contrario, si los cuidados son demasiado parecidos a sí mismos o invariables, lo que se favorecería es un empobrecimiento de las capacidades de evolución y enriquecimiento del psiquismo infantil.

Me permito una última «pirueta» en este juego que propongo a los lectores. Pensemos los diferentes estadios libidinales como expresivos de un tipo de estructuración del sistema; dicha estructura podría ser potencialmente facilitada por lo filogenético que lleva el ser humano en sí mismo —su organización dentro de una particular libidinización ya sea oral, anal, etc.—, pero su establecimiento definitivo no dejaría de poseer

el niño ofrece. Ello comportará que esa base erógena posea una singularidad específica para cada uno y posea un cierto componente caótico por la multiplicidad de factores que intervienen en ella dado el «toma y daca» continuo que se establece. De esta base caótica va a poder darse un proceso integrativo o más bien autoorganizativo. Para poder pensar la autoorganización habrá que pensar las dos capas del yo inicial que Freud expone en el *El yo y el ello*: una capa perceptiva de la exterioridad y otra capa perceptiva de las excitaciones internas. Ambas generarán trazos perceptivos ya sean de estímulos externos o aquellos derivados de la pulsionalidad y libido somática. Ambas contribuirán a crear un yo que por medio de los registros mnémicos permitirá que se aplace el displacer cuando reaparezca la necesidad. Si las satisfacciones han sido apropiadas, la tensión somática de la necesidad dejará espacio a la percepción del objeto y de su consecuente función. Para que la acción específica tenga éxito, dicha acción ha de

**Para que la acción específica tenga éxito, dicha acción ha de poder acoplarse en lo posible a aquello que el *infans* esté en disposición de recibir, ya sea por la cualidad de lo ofrecido como por la temporalidad en que se da.**

un cierto componente autoorganizativo dentro de las teorizaciones planteadas. Podría ser coherente con estas ideas que si se diesen condiciones ambientales excesivamente excitadoras o demasiado inamovibles, los saltos evolutivos por disipación-fluctuación dificultarían que esos elementos filogenéticos pudiesen manifestarse o actuar hacia la organización psíquica «suficientemente buena».

Retomando el tema de las erogeneidades parciales que se hallarían en la base de la pirámide que propongo, vemos que esas erogeneidades se han dado de un modo impredecible derivada esa impredecibilidad de las características biológicas del soma subyacente y de las actuaciones que sobre el han promovido las actuaciones de los objetos primordiales —tal como Aulagnier plantea de modo semejante en el *Pictograma*—, actuaciones así mismo influidas por las respuestas que

poder acoplarse en lo posible a aquello que el *infans* esté en disposición de recibir, ya sea por la cualidad de lo ofrecido como por la temporalidad en que se da. Vemos por ello que eso implica una singularidad que tanto habita en el niño como en la madre que actúa sobre él. Si no se da el respeto a esa singularidad lo ofrecido tendrá dificultades para asimilarse y ello implicará que, en la medida que la capa interna del yo continúe registrando percepciones somáticas, estas interferirán o se unirán a la percepción del objeto, mientras que la experiencia de displacer se verá facilitada, pudiéndose llegar a formas de identificación primaria al dolor. En la medida que el dolor tiene una base somática, ello implicará una especificidad en las zonas erógenas afectadas por el que dificultará su unidad con el resto de zonas, exceptuando si el dolor o el sufrimiento es lo más común tal como sucede en demasiadas ocasiones, en cuyo caso será el dolor el que las pueda dramáticamente unir, tal como

se detectan en formas graves del masoquismo, las adicciones, las somatosis, etc., en donde el «sufro luego existo» tiene toda su prevalencia.

Si las satisfacciones han sido apropiadas la tensión somática de la necesidad se ‘apagará’ dejando más espacio a la percepción del objeto y al registro mnémico de la experiencia relacional aportadora de alivio-placer por medio de la acción específica. Como es fácil suponer, dichas experiencias serán múltiples y mediadas por numerosos factores; habrá una singularidad específica del niño inscrita en su soma, un soma que además habrá sido despertado, ignorado, influido por la actividad de un objeto portador así mismo de una singularidad que no solo podrá ser somática, si no y sobre todo portadora de una historia psíquica y generacional. Dichas experiencias no dejarán de tener en su inicio un cierto componente aleatorio en su acción sobre el niño; véase un estado afectivo de la madre, una ausencia, cualquier incidencia que rompa el *continuum* de los cuidados. El tipo de encuentro del *infans* con el ambiente (*pictograma*) y la peculiaridad del intercambio —modificador en ambos participantes— dará lugar a que ciertas zonas corporales se erogeen en mayor o menor medida y de diferente modo que otras zonas erógenas. Ahora bien, estas diferentes zonas erógenas parciales mantendrán su singularidad dada por los elementos bio-psico-sociales/culturales puestos en juego; por tanto, tendrán inscripciones perceptivas específicas. Podemos entonces preguntarnos cuál sería el «cemento» que favorecería su unificación que conduzca a una erogeneidad total como la del «narcisismo erógeno primario». La repuesta que podría ser factible es que ese «cemento» sería la percepción interna del alivio de la tensión somática y por tanto la experiencia de placer: El placer sería el común denominador entre las diferentes zonas erógenas encaminadas a su unificación. Actuaría como un *atractor* que aproxima y pone en contacto a las diferentes zonas. Podemos entonces proseguir la reflexión sobre lo que ocurriría cuando esa integración no se llegase a dar. Entonces resultaría que las experiencias de satisfacción habrían sido insuficientes, por tanto, el elemento perceptivo en la capa interna habría permanecido con su elemento somático y por

tanto vinculado al substrato anatómico-fisiológico de la zona en cuestión. Tal como se dice: «el hambre hace rugir las tripas». En estos casos las diferentes zonas parciales habrán mantenido su propia especificidad y el elemento aglutinador más que el placer habrá sido el displacer, que en gran medida estará vinculado a las fuentes somáticas de la pulsión. Podemos decir que en estos casos se genera un «yo dolorido».

Volvamos ahora a la pirámide y al eje de la singularidad erógeno pulsional. Esa pirámide estará sustentada por ese eje que en definitiva sería el narcisismo primario erógeno o básicamente representación del yo o del *self*, si mantenemos la ambigüedad que explicita Winnicott en la nota aportada al inicio de éstas líneas. Siguiendo a Winnicott (*Los Procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Paidós, Buenos Aires, 1993, pp. 73-82) esos procesos de integración al inicio favorecidos o aportados por el ambiente, podrían pensarse de modo similar a lo que planteamos respecto a las zonas erógenas parciales en sus procesos de unificación. Si el narcisismo primario se ha constituido desde el placer, la interioridad somática dejará paso al registro del objeto, no interferido dicho registro por la tensión, así como a la experiencia relacional con el objeto y será el registro de esa experiencia la que prevalecerá como elemento consustancial al eje y que permitirá en el futuro disponer de la relación con cierta independencia del objeto que se presente en cuestión. Sin esa integración de la relación en el eje, con todo lo que este tiene de narcisismo, yo o *self*, el objeto que se presente en el futuro será tomado como posesión narcisista a fin de mantener el ‘espejismo’ de consistencia del yo. El sujeto ya no se mantendrá por la consistencia de un «sentimiento de sí», si no que lo hará por la necesidad de mantener posesiones narcisistas; ya no será un narcisismo trófico si no un narcisismo patológico. El eje ya no será un elemento estable y consistente, al revés, mostrará una endebles y líneas de fractura pues las erogeneidades parciales al mantener demasiada influencia de sus particularidades somáticas no logran unificarse con solidez. Estas ideas podrían ampliarse diferenciando los dos procesos de asimilación de lo externo como son la incorporación y la introyección. En la incorporación, al inicio de la vida,

único mecanismo actuante dada la inmadurez del yo y elemento esencial en la Identificación primaria y algo más adelante necesaria como *falso self cuidador del self verdadero*, lo que se depositará será en la exterioridad del ser, alejado del eje erógeno pulsional, ya que a este nos lo podemos imaginar constituido por aquello del ser íntimo relacionado con las potencialidades pulsionales surgidas del soma. En cambio en la introyección, la acción del objeto se aproxima a aquello que este puede aceptar o asimilar y lo que se depositará será constitutivo del eje, es decir, pasará a formar parte del yo y del componente narcisista trófico en la medida que el objeto que aporta lo ha hecho con la empatía suficiente como que lo que ha ofrecido complemente, enriquezca, proteja o prive de un modo que lo más específico del *infans* pueda asumirlo sin que ello despierte excitaciones excesivas en su interioridad; en definitiva que lo aportado y asimilado favorezca una pulsionalidad ni excesiva ni insuficiente que pueda perturbar el *continuum* madurativo.

En la figura 1 intento representar las ideas expresadas. La base estaría constituida por las diferentes zonas parciales que se irían reuniendo en lo que pasamos a denominar el eje erógeno pulsional y que sería lo que da consistencia a la pirámide. Este eje sería no solo la reunión de las zonas parciales si no que se hallaría engrosado o fortalecido por los diferentes procesos introyectivos, los cuales se han podido dar porque los objetos exteriores que han actuado sobre el lo han hecho con la suficiente empatía para adaptarse o adecuarse a lo que el *infans* y más adelante el niño podían asimilar, dadas su peculiaridades propias. En cambio los elementos incorporados —más allá de las primeras incorporaciones tal como se ha apuntado en líneas anteriores—, en tanto pueden haber ofrecido acciones excesivamente distantes de lo que se podría asimilar, en lugar de depositarse o constituir el eje pasan a depositarse en las partes externas o caras de la pirámide a modo de lo que serían «placas de fachada», las cuales darían una cierta consistencia, pero ajena a lo más propio del ser. Precisamente esa fragilidad sería lo que convertiría a dichas experiencias incorporadas como elementos imprescindibles para mantener un precario narcisismo

o al contrario un narcisismo patológico engrandecido por medio de la ilusoria posesión de objetos, ya sean reales o no, que sustituyan una conciencia de sí mismo.

Podríamos ejemplarizar dicho esquema con un hecho ocurrido fuera de nuestras consultas. En 2015, un joven piloto de líneas aéreas estrelló su avión voluntariamente con más de 150 personas a bordo. En los medios se leyeron interpretaciones dadas por ‘sesudos profesionales’ casi tan enloquecidas como el comportamiento de aquel chico. Leímos que dicho sujeto se encontraba sometido a una serie de pérdidas emocionales unas y otras en relación a lo que debía haber sido su proyecto personal y profesional. Me puedo imaginar que perdió objetos imprescindibles para la estabilidad de su organización narcisista, supuestamente compensadora de una insuficiencia del sentimiento de sí (narcisismo trófico) o según el modelo propuesto una endebles del eje. El desmonte de la estructura sostenedora lo abisma hacia una desorganización hacia las bases de aquel mosaico primario de erogeneidades primitivas, en donde componentes sádicos, el odio irrestricto frente a las pérdidas, el reconocimiento o desestimación del otro como humano y semejante desaparecen en una vorágine de pulsión de muerte y locura. Se podría pensar que al igual que en muchos de los pacientes graves que atendemos, los elementos pulsionales más primitivos, con escasa neutralización de Tanatos por Eros y, por tanto, escasamente integrados, aparecen con su mayor crudeza ya sea en su fantasmática o en el comportamiento.

Este ejemplo nos puede sugerir ideas sobre la clínica. Cuando se ha podido organizar un eje estable y por tanto un yo que ha podido integrar su pulsionalidad y relacionar a esta con los objetos, nos hallaríamos cercanos a las clínicas neuróticas. Por otro lado, en aquellos casos en que las condiciones infantiles en primeras etapas hubiesen sido marcadamente insatisfactorias, por no decir que traumáticas por el exceso o la ausencia de estímulos, nos veríamos frente a carencias graves en la organización de un narcisismo primario y la asimilación de la pulsionalidad en el. Dichas diferencias implican abordajes diferenciados en

la práctica terapéutica. Mientras que en los primeros casos habrían de conducirse hacia actuaciones neutrales por parte del terapeuta y favorecer la asociación libre junto a la interpretación cuando esta fuera posible; en los segundos podríamos pensar que el establecimiento de un *holding*, un cuidado paraexcitador y al mismo tiempo capaz de presentar «objetos», podría ser el rumbo en que se debería conducir el proceso. Ahora bien, en estos casos las transferencias que pueden llegar a instaurarse, en el caso de que lleguen a instaurarse, con seguridad serán tormentosas, las reacciones ante las frustraciones propias del *setting* pueden con facilidad romper los procesos terapéuticos. Todo ello nos enfrenta a serios retos sobre cómo llevar estos procesos en estos tiempos en donde se ha vuelto muy difícil establecer esos *settings* cuyo establecimiento sería imprescindible para ofrecer una base sobre la que se construyese el tratamiento. ■

### Bibliografía:

- AMEISEN, J. C. (2003). *La Sculpture du Vivant: le Suicide cellulaire ou la Mort créatrice*. Paris: Éditions du Seuil. pp. 90-93.
- AMEISEN, J. C. (2012). *Sur les épaules de Darwin: Les battements du temps*. Paris: Editions Les Liens qui Libèrent 2012
- ANSERMET, F. MAGISTRETTI, P. (2004). *A cada cual su cerebro: Plasticidad neuronal e inconsciente*. Madrid: 2012.
- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- EDELMAN, G.M. TONONI, G. (2000). *El universo de la conciencia*. Barcelona: ed Crítica 2005
- KANDEL, E. (2012). *La Era del Inconsciente*. Barcelona: ed Paidós, 2013.
- KORMAN, V. (2010). *Trencadis: Gaudianas psicoanalíticas*. Barcelona: ed. Triburgo. pp 57-58
- LEHEMAN, P. (2009). *Comprendre Winnicott*. Paris: ed. Armand Colin. pp 98-99
- PRIGOGINE, I. STENGERS, I. (1979). *La nueva alianza: Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial 1983
- RÍO, J. del (2009). Entre la Nada y el Vacío. *Intercanvis: papers de psicoanàlisi*. num. 22.
- RÍO, J. del (2011). Reflexiones en torno al objeto y el yo. *Intercanvis: papers de psicoanàlisi*. num. 27.
- RÍO, J. del (2013). Subjetivación-Introyección-Incorporación.

*Intercanvis: papers de psicoanàlisi*. num.30.

ROUSSILLON, R. (1999). *Agonie, clivage et symbolisation*. Paris: PUF Quadrige, 2008.

ROUSSILLON, R. (2008). *Le transitionnel, le sexual et la réflexivité*. Paris : ed Dunod 2008.

WINNICOTT, D. (1950-1955) *Escritos de pediatría y psicoanálisis: La agresión en relación con el desarrollo emocional* p.285. Barcelona: Paidós 1999

WINNICOTT, D. (1962) *Los Procesos de maduración y el ambiente facilitador: La integración del yo en el desarrollo del niño*. p 73-82. Buenos Aires: Paidós 1993.

---

**Jordi del Rio Coll**  
 Eix onze de setembre nº 46  
 08500 Vic  
 [ @ ] jdelriocoll@gmail.com